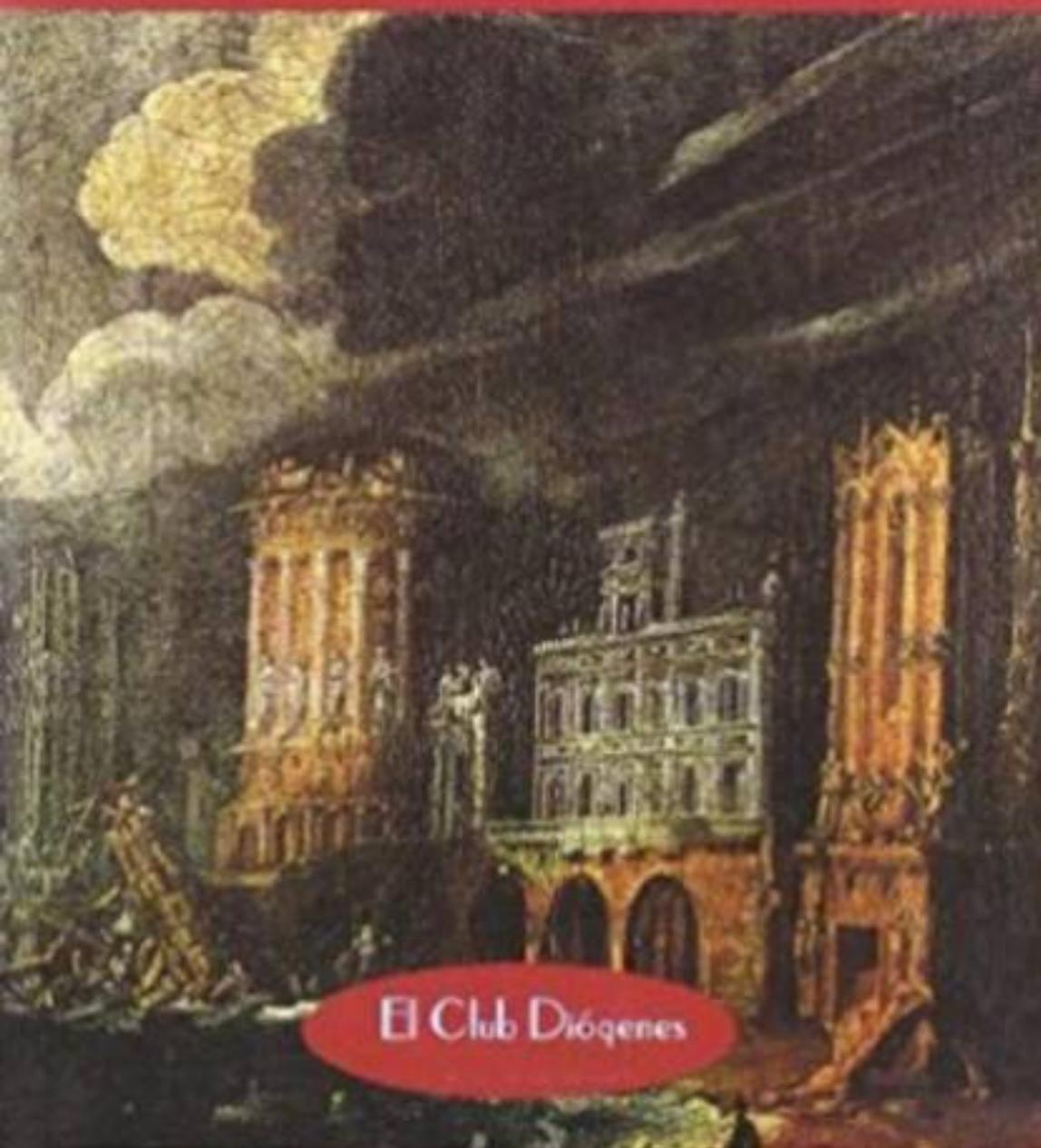


ARTHUR CONAN DOYLE

Historias de la antigüedad



El Club Diógenes

«Historias de la Antigüedad» reúne una serie de relatos consagrados a dilucidar o esclarecer algún determinado pasaje histórico acaecido en tiempos remotos, como la retirada de la última legión romana afincada en Bretaña; el destino heroico de la última galera de la flota fenicia acosada por naves romanas frente a las costas de Cartago; la llegada de los hunos, como un enjambre espantoso, atravesando las suaves llanuras que se extienden a orillas del Danubio; la mutilación de la Venus de Praxíteles a manos de un furibundo cristiano de nuevo cuño; el encuentro fugaz en el templo de Melmoth, en la ciudad de Tiro, de Ulises, rey de Ítaca, y David, rey de los judíos. En definitiva, se trata de piezas de un género que han cultivado con acierto autores como Marcel Schwob o Borges.

## LA ÚLTIMA LEGIÓN

Ponto, el virrey romano, estaba sentado en el atrio de su villa-palacio a orillas del Támesis, y contemplaba perplejo la cédula de papiro que acababa de desenrollar. Tenía en pie ante él a un italiano bajito, moreno, cuyos negros ojos estaban turbios de falta de sueño, y cuyas facciones aceitunadas parecían aún más oscuras por el polvo y el sudor. Era el mensajero que había traído la cédula. El virrey tenía clavados en él los ojos y, sin embargo, no le veía, de tan preocupada como estaba su mente con aquella orden repentina y completamente inesperada. El efecto que le había producido era el de que la tierra firme se había hundido bajo sus pies. Su vida y toda la obra de su vida se derrumbaban de manera irreparable. Al fin dijo con voz áspera y tajante:

—Está bien. Puedes retirarte.

El mensajero saludó y salió del vestíbulo tambaleándose. Un servidor britano, de cabellos rubios, se adelantó a recibir órdenes.

—¿Está ahí el general?

—Está esperando, excelencia.

—Hazle pasar entonces, y déjanos solos.

Unos minutos después, Licinio Crasso, jefe de las fuerzas britanas, se reunió con su superior. Era un hombre corpulento y barbudo, que vestía toga civil blanca orlada de la púrpura patricia. Sus facciones rudas y decididas, tostadas, con surcos de arrugas y cicatrices de las largas guerras africanas, se cubrieron de una sombra de ansiedad al

mirar con ojos interrogadores el rostro estirado y ceñudo del virrey.

–Excelencia, me temo que hayáis recibido malas noticias de Roma.

–Las peores que podían esperarse, Crasso. Ya nada tenemos que hacer en Bretaña. Ni siquiera sabemos si podremos defender la Galia.

–¡San Albus nos valga! ¿Se trata de órdenes concretas?

–Aquí las tenéis, con el sello del mismo emperador.

–Pero ¿por qué? Oí rumores, aunque me parecieron demasiado increíbles.

–Lo mismo me ocurrió a mí la semana pasada, e hice azotar al individuo que los propagó. Pero las palabras con que está redactada la orden no pueden ser más claras: «Traiga a todos los hombres de las legiones, a marchas forzadas, para ayudar a salvar el Imperio. No dejéis en Bretaña ni una sola cohorte». Tales son las órdenes que he recibido.

–Pero ¿a qué se deben?

–Dejarán que perezcan los miembros para que el corazón se mantenga más fuerte. La vieja colmena germana está a punto de enjambrar una vez más. Avanzan nuevas hordas de bárbaros desde Dacia y Escitia. Harán falta todas las espadas para defender los pasos de los Alpes. No pueden dejar en holganza las tres legiones que hay en Bretaña.

El soldado se encogió de hombros.

–Cuando las legiones se marchen, ningún romano se sentirá con vida segura en este país. A pesar de todo cuanto hemos hecho, no es menos cierto que el país no está con nosotros, y que lo conservamos por la espada, tal como lo conquistamos.

–Sí, todos los hombres, mujeres y niños de sangre latina tienen que retirarse con nosotros a la Galia. Las galeras nos esperan ya en Portos Dubris. Dad en el acto las órdenes pertinentes, Crasso. La legión Valeriana, al retirarse de

la muralla de Adriano, puede traer con ella a los colonos norteños. La Joviana puede hacer lo mismo con las gentes del Oeste, y los de la Batavia pueden dar escolta a los de Oriente si se congregan en Camboricum. Cuidad de ello.

Hundió por un momento el rostro entre las manos y dijo:

–Es una cosa horrenda arrancar de raíz un árbol tan magnífico.

–Dejando así mayor espacio para que crezcan las hierbas silvestres –comentó con amargura el guerrero–. Dios mío, ¿en qué acabarán estos pobres británicos? Cuando el último lictor romano haya vuelto la espalda, no habrá de costa a costa una tribu que no se arroje a la garganta de la tribu vecina. Incluso hoy cuesta bastante trabajo impedir que estos arrebatados siluros no saquen las espadas de sus vainas.

–Que la jauría se pelee entre ella hasta que gane el mejor sabueso –dijo el gobernador romano–. Por lo menos, el vencedor conservaría las artes y la religión que nosotros les hemos traído, y Bretaña sería un solo país. No; quienes nos sucedan en el gobierno de este país serán la fiera del Norte y los lobos del otro lado del mar, el salvaje pintarrajeado de más allá de las murallas y el pirata sajón de la otra orilla del agua. Allí donde nosotros salvamos, ellos degollarán; donde nosotros construimos, ellos incendiarán; donde nosotros plantamos, ellos destrozarán. Pero la suerte está echada, Crasso. Cumpliréis las órdenes.

–Los mensajeros saldrán con ellas antes de una hora. Esta misma mañana llegó la noticia de que los bárbaros penetraron por la vieja brecha de la muralla y que sus avanzadas penetraron hacia el Sur, hasta Vinovia.

El gobernador se encogió de hombros y dijo:

–Esas cosas ya no son de nuestra incumbencia.

De pronto una sonrisa amarga cruzó su rostro aguileño, completamente afeitado, y preguntó:

—¿A quién creéis que recibiré en audiencia esta mañana?

—Lo ignoro.

—A Caradoc, a Regnos y a Célticos, el de Icenia. Como tantos bretones de los más ricos que han sido educados en Roma, me expusieron sus planes acerca del gobierno de este país.

—¿Y en qué consisten esos planes?

—En que sean ellos mismos quienes gobiernen.

El guerrero romano se echó a reír, y al saludar, antes de girar sobre sus talones, dijo:

—Pues van a poder actuar a su gusto. Adiós, Excelencia. Para vos y para mí se acercan tiempos duros.

Una hora después la delegación británica era conducida a presencia del gobernador. Eran hombres buenos y leales, hombres que defendían la causa del país con todo su corazón y con cierto peligro para ellos. La defendían tal como ellos la entendían. Al mismo tiempo, no dejaban de comprender que bajo el régimen benigno y bienhechor de Roma sus espaldas y sus cuellos no corrían peligro mientras no pasasen de las palabras a los hechos. Comparcieron, serios y un poco avergonzados, ante el trono del virrey. Célticos era un íbero bajito, moreno y de barba negra. Caradoc y Regnos eran hombres de elevada estatura y mediana edad, del tipo británico, de un rubio blondo. Los tres vestían, según la moda latina, toga amarilla con muchos pliegues, en lugar de los calzones y túnica típica de sus compatriotas más isleños.

—Veamos —dijo el gobernador.

—Hemos venido —dijo valientemente Célticos— en calidad de portavoces de un gran número de compatriotas nuestros, con el propósito de hacer llegar por vuestro intermedio al emperador y al Senado de Roma una petición, instándoles a que adopten la política de permitir que gobernemos este país de acuerdo con nuestras normas antiguas.

Se detuvo, como esperando algún exabrupto en respuesta a tamaña temeridad; pero el gobernador se limitó a mover la cabeza afirmativamente, como invitándole a que prosiguiese, y aquél continuó:

—Mucho antes de que César pusiese el pie en Bretaña, teníamos leyes propias, que cumplían las finalidades para las que se hicieron desde la época en que nuestros antepasados llegaron del país de Ham. No somos niños entre las naciones, porque nuestra historiase remonta, según nuestras tradiciones, mucho más allá que la déla misma Roma, y nos irrita el yugo que nos habéis impuesto.

—¿No son justas nuestras leyes? —preguntó el gobernador.

—El código de César es justo, pero no deja de ser el código de César. Nuestras leyes habían sido hechas para nuestros propios usos y de acuerdo con nuestra propia situación, y deseáramos que nos fueran restituidas.

—Habláis el romano como si os hubieseis criado en el Foro; vestís la toga romana; lleváis los cabellos sujetos por una cinta, al estilo romano. ¿No son estos dones de Roma?

—Aunque nos imbuyésemos de todo el saber y de todas las artes de Roma y de Grecia, querríamos seguir siendo Bretaña y ser gobernados por bretones.

El virrey sonrió, y dijo:

—Por la cruz de Santa Elena, que si hubieseis hablado de esta manera a alguno de mis antecesores paganos, allí habríais acabado de politiquear. El que os hayáis atrevido a presentaros delante de mí y decir lo que habéis dicho será para siempre una prueba de la benignidad de nuestro gobierno. Pero yo desearía cambiar con vosotros algunas impresiones acerca de la petición que me hacéis. Bien sabéis que este país no constituyó nunca un reino único, sino que vivió bajo el mando de muchos jefes y dividido en muchas tribus que guerreaban entre sí. ¿De verdad deseáis que vuelva ese estado de cosas?

–Eso fue en los malos tiempos del paganismo, en la época de los druidas y del bosque de robles, Excelencia. Pero en la actualidad nos une un evangelio de paz.

El virrey movió la cabeza negativamente, y dijo:

–La cosa resultaría más fácil si todo el mundo pensase de la misma manera. Quizá esta bendita doctrina de la paz os ayude muy poco cuando tengáis que enfrentaros con hombres fuertes que siguen adorando al dios de la guerra. ¿Qué haríais frente a los pictos del Norte?

–Vuestra Excelencia sabe que muchos de los más valerosos legionarios llevan sangre británica. Éstos son nuestra defensa.

–Pero en lo que fracasaríais sería en las cuestiones de disciplina, de energía para el mando, de conocimiento de la guerra, de ímpetu para la acción. Vivisteis demasiado tiempo apoyándoos en las muletas.

–Quizá vengan tiempos duros; pero cuando hayamos pasado por ellos, Bretaña volverá a ser lo que era.

–No, se verá sometida a un amo distinto y mucho más tiránico –dijo el romano–. Ya los piratas hormiguan por la costa oriental. Si no fuese por nuestro conde romano de las costas sajonas, desembarcarían mañana mismo. Veo, en efecto, que llegará el día en que Bretaña pueda ser una nación única, pero eso será porque vosotros y vuestros compañeros habréis sido muertos o perseguidos hasta las montañas del Oeste. Todo entrará en la caldera de fundición, y si ha de salir de ella una Albión mejor, será al cabo de largos tiempos de guerra, y ni vosotros ni vuestro pueblo pintaréis ni poseeréis nada de ella.

Regno, el celta joven y buen mozo, sonrió y dijo:

–Con la ayuda de Dios y de nuestra mano derecha esperaremos mejores cosas. Dadnos la oportunidad, y nosotros haremos el gasto.

–Sois como hombres que no tienen salvación –dijo con tristeza el virrey–. Veo este anchuroso país, con sus jardines y sus huertos, con sus hermosas villas y sus ciuda-

des fortificadas, con sus puentes y sus carreteras, obra todo de Roma. Seguramente que todo ello pasará sin dejar rastro, lo mismo que si se tratase de un sueño, y estos trescientos años de orden establecido no dejarán huella alguna. Sabed que se hará tal y como deseáis, y que hoy mismo han llegado las órdenes para que las legiones abandonen el país.

Los tres bretones cambiaron entre sí miradas de asombro. Su primer impulso fue de júbilo insensato, pero pronto surgieron las dudas y la reflexión.

—Es ésta una noticia maravillosa —dijo Céltico—. Hoy es el día más grande para nuestra nación. ¿Cuándo se marchan las legiones, Excelencia, y qué tropas quedarán para protegernos?

—Las legiones se marchan inmediatamente —dijo el virrey—. Sin duda, os colmará de alegría saber que antes de un mes no habrá en esta isla un solo soldado romano, ni quedará un solo hijo de Roma, cualquiera que sea su edad, condición y sexo, si puedo llevármelo conmigo.

Los rostros de los bretones se ensombrecieron, y Caradoc, hombre grave y reflexivo, habló por primera vez:

—Esto significa demasiada precipitación, Excelencia —dijo—. Hay mucho de verdad en lo que Vuestra Excelencia ha dicho de los piratas. Desde mi villa, situada cerca del fuerte de Arderida, vi la semana pasada ochenta de sus galeras, y sé muy bien que se lanzarán sobre nosotros igual que cuervos sobre un buey moribundo. Durante muchos años nos será imposible mantenerlos alejados.

El virrey se encogió de hombros y dijo:

—Eso es ya asunto vuestro. Roma tiene que mirar por sí misma.

De las caras de los británicos se borraron los últimos vestigios de alegría. El porvenir había surgido de pronto ante ellos con claridad, y se echaban atrás ante sus perspectivas.

–Corre por el mercado el rumor de que los bárbaros del Norte han irrumpido por la brecha de la muralla. ¿Quién les va a impedir que sigan avanzando? –preguntó Céltico.

–Vos y vuestros amigos –contestó el romano.

Cada vez se aclaraba más el porvenir, y en los ojos de los comisionados apareció el terror ante aquella visión.

–Pero, Excelencia, si las legiones se marchasen ahora, tendríamos antes de un mes a los escoceses en York, y a los del Norte en el Támesis. Podríamos organizarnos bajo la protección de Roma, y dentro de algunos años sería todo más fácil para nosotros; pero no ahora, Excelencia, no ahora.

–¡Vaya, hombre! Desde hace años venís atronándonos los oídos y alborotando al pueblo. Ahora se os da lo que pedíais. ¿Qué más queréis? Dentro de un mes seréis tan libres como lo erais antes que César pusiese el pie en vuestras playas.

–Por amor de Dios, Excelencia, olvidad nuestras palabras. No habíamos meditado bastante en el asunto. Mandaremos mensajeros a Roma. Cabalgaremos nosotros mismos al paso de los correos. Nos echaremos a los pies del emperador. Nos arrodillaremos ante el Senado y suplicaremos que permanezcan las legiones.

El procónsul romano se levantó de su asiento e hizo señal de que daba por terminada la audiencia, diciendo:

–Haced lo que os parezca bien. Yo y mis hombres partimos para Italia.

\* \* \*

Y como lo dijo, lo hizo. Antes de que la primavera madurase en verano, se oían las pisadas de las tropas por la vía Aurelia, camino de los pasos de Liguria, en tanto que todas las carreteras de la Galia estaban cubiertas de carros y galeras que transportaban a los refugiados britano-romanos en su fatigoso viaje hacia la patria lejana. Pero antes de que transcurriese otro verano había muerto Céltico,

desollado vivo por los piratas, que clavaron su piel sobre la puerta de una iglesia, cerca de Caistor. También Regno era cadáver, porque le ataron a un árbol y le asaetaron cuando los hombres pintados vinieron al saqueo de Isca. Únicamente Caradoc había quedado con vida, y mientras él era esclavo de Elda, el rojo rey caledomo, su mujer era la amante de Mordred, el jefe salvaje de los cimros del Oeste. La hermosa tierra de Bretaña estaba cubierta de sangre, ruinas y cenizas desde la destruida muralla del Norte hasta Vectis, en el Sur. Al cabo de largas épocas volvió a estar más bella que nunca, aunque, según el romano había anunciado, ni los bretones ni nadie de su raza entró en posesión de la herencia de lo que había sido propiedad suya.

## LA ÚLTIMA GALERA

*Mutato nomine, cūte, Britannia, fabula narratur*

**E**ra una mañana de primavera del año 146 antes de Cristo. La costa norteafricana, con su ancha orla de doradas arenas, su verde cinturón de gráciles palmeras y su fondo de colinas escarpadas, rojas y desnudas, brillaba como un país de ensueño, envuelta en la luz opalina. Salvo un estrecho borde de espuma de un blancor de nieve, el Mediterráneo se extendía azul y sereno hasta donde alcanzaba la vista. No había en toda su vasta extensión nada que rompiese la monotonía, fuera de una única galera que navegaba lentamente, desde la dirección de Sicilia, con rumbo al puerto lejano de Cartago.

Vista de lejos, era una embarcación espléndida y majestuosa, de color rojo vivo, doble hilera de remos escarlata, y su ancha vela ondulante teñida de púrpura de Tiro, mientras que en sus baluartes brillaban las aplicaciones de bronce. De su proa se proyectaba un espolón de bronce, de tres puntas, y en el puente de popa se alzaba una gran imagen dorada de Baal, el dios de los fenicios, hijos de Canaán. En lo alto del único mástil, por encima de la inmensa vela, ondeaba la bandera con franja de tigres de Cartago. Navegaba la galera sobre la superficie de las aguas como un majestuoso pájaro escarlata, con pico de oro y alas de púrpura, y era, vista de lejos, una imagen de fuerza y de belleza.

¡Pero acerquémonos a ella y mirémosla! ¿Qué significan esos negros chorreones que manchan sus blancas cubiertas y ensucian sus escudos bronceados? ¿Por qué los remos, largos y colorados, se mueven a destiempo, irregulares y convulsivos? ¿Por qué faltan algunos en las tronearas, y otros están rotos, con bordes dentados y amarillos, y por qué dos de las tres puntas del espolón de bronce están rotas y retorcidas? ¡Hasta la alta imagen de Baal muestra señales de golpes y está desfigurada! Todo indica que esta embarcación ha pasado por alguna prueba dolorosa y ha vivido un día de terror que ha dejado en ella sus huellas profundas.

Y ahora, situémonos en la cubierta misma y contemplemos desde más cerca a los hombres que tripulan la galera. Tiene dos puentes, el delantero y el posterior, mientras que en el combés, a cielo abierto, están las dos hileras de asientos superpuestos, en los que los remeros, dos por cada remo, tiran hacia atrás y hacia delante en su inacabable tarea. Por todo el centro corre una estrecha plataforma, por la que van y vienen los capataces, látigo en mano, azotando sin piedad al esclavo que se retrasa, aunque sólo sea un instante, para quitarse el sudor que corre por su frente. Pero de estos esclavos —¡fijémonos en ellos!—, unos son prisioneros romanos, otros sicilianos, muchos son negros de Libia, pero todos se encuentran en el último grado de agotamiento; sus labios, llenos de negras costras y sonrosados por la espuma sangrienta del esfuerzo; mueven brazos y espaldas mecánicamente, al ritmo de la voz áspera del primer capataz. Sus cuerpos, de todos los colores entre el marfil y el ébano, están desnudos hasta la cintura, y todas las espaldas sudorosas muestran las señales de los látigos irritados de sus guardianes. Pero no son aquellos los que han hecho brotar la sangre que enrojece los asientos y que colorea el agua salada que corre por debajo de sus pies maneados. En sus pechos y en sus hombros desnudos se observan grandes heridas recién

abiertas, tajos de espada y golpes de punta de lanza, de los que brota la sangre carmesí, mientras que muchos remeros yacen encogidos y exánimes, atravesados sobre los bancos, sin que puedan preocuparles nunca más los látigos que siguen restallando por encima de ellos. Ahora podemos comprender el porqué de las troneras sin remo y de los remos caídos al costado de la embarcación.

No estaba la tripulación en mejores condiciones que sus esclavos. Se veían tirados por los puentes a los heridos y a los moribundos. Los que todavía permanecían en pie eran sólo una pequeña parte, y en su mayoría estaban tumbados y exhaustos en el puente de proa: unos pocos, los más cuidadosos, componían sus escudos destrozados, tensaban sus arcos o limpiaban la cubierta de las señales del combate. Sobre una plataforma, en la base del mástil, se encontraba el piloto que gobernaba la embarcación, con la mirada fija en el lejano cabo de Megara, que cubría el lado oriental de la bahía de Cartago. En el puente de popa se encontraban reunidos algunos oficiales, silenciosos y meditabundos, mirando de tiempo en tiempo a dos hombres de su propia categoría que permanecían apartados y absortos en un vivo diálogo. Uno de ellos, alto, moreno, enjuto, de puros rasgos semitas y de miembros gigantescos, era Magro, el célebre capitán cartaginés, cuyo nombre seguía inspirando terror en todas las costas, desde la Galia hasta el Euxino. El otro, un hombre moreno, de barba blanca, que pregonaba valor y energía indomables por todos los vigorosos rasgos de su cara angulosa y aguilena, era el político Gisco, que llevaba en sus venas la más noble sangre púnica, *sufeta* de túnica purpúrea, y dirigente del partido político que, entre el egoísmo y la pereza de sus conciudadanos, había permanecido despierto, esforzándose por levantar el espíritu público y por despertar la atención de todos hacia el peligro cada vez mayor que Roma representaba. Ambos hombres, sin dejar de conversar, miraban continuamente con interés y ansiedad hacia la lí-

nea del horizonte, por el lado del Norte. El más anciano decía con voz y expresión de tristeza:

–Con seguridad que hemos sido sólo nosotros los que se han salvado.

–Yo no abandoné el fragor de la pelea en tanto que vi un barco nuestro en cuyo socorro acudir –contestó Magro –. Así y todo, nos zafamos, según pudisteis ver, igual que un lobo que tiene en ambos flancos las mandíbulas de sendos sabuesos. Los perros romanos han quedado con los mordiscos de lobo sobre sus carnes para demostrarlo. Si una sola galera, además de la nuestra, hubiese logrado ponerse a salvo, estaría con toda seguridad ahora a nuestro lado, puesto que el único lugar de salvación para ella es Cartago.

El más joven de los dos guerreros miró ansiosamente hacia delante, en dirección al cabo lejano que señalaba el emplazamiento de su ciudad nativa. Se distinguía ya la colina baja y boscosa, salpicada de blancas villas, que eran otras tantas mansiones de ricos fenicios. Por encima de todas esas villas, como un punto resplandeciente contra el pálido azul del cielo matinal, brillaba el techo de bronce de la ciudadela de Birsa, que coronaba la ciudad construida en sus laderas.

–Pueden distinguírnos ya desde sus torres de vigía –dijo–. Aunque sea desde lejos, verán que ésta es la galera del negro Magro. Pero ¿quién entre todos ellos adivinará que somos los únicos supervivientes de aquella flota magnífica que hace menos de un mes zarpó entre el estrépito de las trompetas y el redoble de los tambores?

El patricio sonrió amargamente y dijo:

–Si no fuese por nuestros gloriosos ascendientes y por nuestro amado país, la nación reina de los mares, quizá me alegrase en lo más profundo de mi corazón de esta derrota sobrevenida a una generación vanidosa y débil. Tú has pasado tu vida en los mares, Magro. No sabes lo que nos ha ocurrido a nosotros, los que vivíamos en tierra. Pe-